

fuera concedidos el 2 de Marzo, y con la misma fecha informó al país el general Paredes en un manifiesto el estado de la cuestión con los Estados Unidos. El día 28 de ese mes de Marzo llegaron a la frontera de la república del Rio Bravo el general Taylor posesionándose del pequeño lugar conocido con el nombre de Frontera de Sta. Isabel. Los dignos habitantes de aquella pequeña población hicieron las memorias de la guerra con los Estados Unidos, no pueden resignarse á la desecoración de sus hogares, y en un vano esfuerzo por destruir sus ciertos intereses, para ir á buscar siempre y protección en los brazos de sus hermanos. Todos saben del lugar en que

CAPITULO VII.

Primer periodo de la guerra con los Estados Unidos.

Dura tarea es la del escritor, cuando en lugar de mover su pluma para abrir una página de gloria en los anales de su patria, tiene por el contrario que remover profundas y dolorosas heridas en su corazón y que bosquejar un cuadro lúgubre cuya vista haga brotar amargas lágrimas por un pasado sombrío, sin que quede siquiera el consuelo de poder buscar un remedio á los hechos que jamás dejarán de ser.

Pero si el poder de la historia no alcanza á cambiar los acontecimientos que una vez tuvieron lugar, sí es una lección saludable para las generaciones que vienen después; porque ellas se aprovechan de la dolorosa experiencia que dejan las desgracias pasadas. ¡Tal es lo que sucede al escribir este periodo de nuestra historia!

Unas veces la pluma se resiste á referir los hechos que son un motivo de vergüenza y de aflicción para nuestra patria; y no pudiendo ya hacer que no exista lo que una vez fué, la verdad histórica exige que debemos transmitir

los acontecimientos tal como han sido, porque ellos mismos, sea que marquen una aureola de gloria ó una señal de ignominia para sus autores, son siempre una luz que servirá de guía á los que alternativamente se han de ir presentando como actores en el gran teatro de la vida de la humanidad. Y otras la mano se estremece al tocar la sangre de las víctimas, á quienes su amor á la patria sacrificó en los campos de batalla, donde México, en medio de sus infortunios, levantó laureles que no podrá marchitar el ábrego de sus desgracias.

En los acontecimientos de esta parte de nuestra historia, veremos las consecuencias que produjeron en México la serie de sus continuas guerras fratricidas y la in-experiencia de sus gobiernos: aquí es donde se manifiesta en toda su grande deformidad el resultado de la división entre los mexicanos, ocasionada por las lógicas secretas, que con mano diabólicamente diestra, supo fomentar nuestro vecino del Norte: en ese periodo palparemos el funesto fruto de la semilla de la reforma; y apenas nos quedará el triste consuelo de denunciar al mundo el grande crimen que con nosotros fué cometido y cuya magnitud describe así una pluma de los mismos americanos. «Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la toma de Texas por nuestros compatriotas tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen un ejemplo de rapiña en tan basta escala cometido por particulares.»

Y todavía, cuando el honrado Mr. Clay escribía de esta manera aun suponía que esa rapiña tan en alta escala fuera solo cometida por particulares y reducida al territorio de Texas; pero los particulares usurpadores de Texas, no hicieron sino servir de instrumentos á su gobierno, para ejecutar sus planes de engrandecimiento, que

después de Texas hicieron extensivo á todo el territorio de que se ha despojado á nuestra infortunada patria.

En el año de 1844 estando pendiente un tratado de agregación del territorio de Texas, entre los que allí habían promovido su independencia y el gobierno de los Estados-Unidos, el representante de éste cerca de nuestro gobierno, Mr. Shannon, pasó una nota al gobierno de México en vista de los preparativos que se hacían para abrir de nuevo la campaña de Texas, diciendo: que aquel acto se consideraría como una agresión á la Union Americana, en razon de que la política de su gobierno se había dirigido siempre á incorporar á Texas á los Estados-Unidos, en cuya República se había seguido esta política invariablemente por todas las administraciones que se habían sucedido en mas de veinte años.

Y fuera porque esta franqueza no conviniera al gobierno de los Estados-Unidos, ó porque por otra razon entraba en sus miras, retiró á este diplomático, nombrando á Mr. Slidell, de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior, y el cual traía instrucciones de hacer proposiciones no solo para la adquisicion de Texas, sino tambien de Nuevo México y las Californias.

Como ya ántes se ha hecho notar, era opinion bastante generalizada en México de que al fin perderia el territorio de Texas, ya fuera por la debilidad del gobierno á causa de los constantes motines que lo trastornaban, ya tambien por la proteccion que el gobierno de los Estados-Unidos daba sin embozo á los colonos sublevados; y viendo como un punto de conveniencia, que entre la ambicion de nuestros vecinos y nuestra propia debilidad se levantara un muro que pudiera servirnos de resguardo, se había consentido en que Texas formara una nacion independiente, para lo cual concedió el Congreso al gobierno del general Herrera en 17 de Mayo de 1845 la autorizacion

necesaria para hacer un arreglo ó celebrar un tratado honroso á la dignidad de la República, sirviendo de bases las proposiciones que Texas había presentado al gobierno mexicano y que eran las cuatro siguientes: 1^a Se reconoce la independencia de Texas. 2^a Texas se compromete á no agregarse ni sujetarse á ningun otro país. 3^a Los límites y otras condiciones se reservan para el tratado final. 4^a Texas está pronto á someter los puntos en disputa sobre territorios y otros asuntos á la decision de árbitros.

Pero la alhagüena esperanza que hacían entrever la disposicion en que parecían hallarse México y Texas para llegar á un próximo arreglo, quedó sin efecto como ya hemos visto porque los agentes de los Estados-Unidos precipitaron los acontecimientos para la agregación de Texas á la Union Americana; y entónces el curso de los acontecimientos fué dirigido á que México tratara no con Texas como un Estado independiente sino con el gobierno de la Union Americana de que ya formaba parte de hecho.

Aun en este estado las cosas, el gobierno del general Herrera hizo esfuerzos laudables por sacar á salvo la dignidad de México y la mayor ventaja para sus intereses; pero el pronunciamiento de S. Luis Potosí hecho por el general Paredes vino á destruir toda esperanza, así porque interrumpió el curso de las negociaciones llevadas en la administracion del general Herrera por su ministro de relaciones el Sr. Peña y Peña, como porque ese pronunciamiento lo mismo que todos los trastornos políticos no podía ménos que debilitar de pronto al gobierno de México, y por último porque ese pronunciamiento que tendía al establecimiento de la monarquía hizo avivar mas el deseo de los Estados-Unidos de consumir cuanto ántes sus proyectos de usurpacion, sirviéndose del infunda-

do pretexto de oponerse, porque así convenia á sus intereses, á las miras que México manifestaba de establecerse bajo la forma monárquica. Esto se comprende de la proclama que el general Scott publicó en Jalapa manifestando: que entre los mexicanos existia un partido monárquico, que los Estados-Unidos no podian consentir que se levantara por no convenir á sus intereses tolerar en América el establecimiento de la monarquía; y que el objeto con que á él lo mandaba su gobierno era para combatir y destruir á ese partido.

Aunque no fuera enteramente cierto lo que en su proclama decia el general americano, sí produjo por desgracia todo el efecto que los americanos deseaban; porque con la manifestacion de tales ideas, muchos gobernadores y legislaturas de los Estados abandonaron á México en esta lucha y vieron impasibles, que el usurpador de los intereses y de la honra de su patria ondeara su pabellon triunfante sobre la sangre de muchas víctimas y en muchos lugares del suelo mexicano, hasta realizar la usurpacion proyectada. Tal es el tristísimo resultado de la narracion de los hechos en esa funesta guerra.

Cuando el general Taylor llegaba al Fronton de Santa Isabel, Matamoros tenia una guarnicion de cerca de 3,000 hombres al mando del general Mejía que era el comandante general del puerto; y como no habia preparativo alguno de defensa, fué necesario construir de la manera mas violenta algunas fortificaciones que se hacian indispensables para prevenir el peligro de que la ciudad se veia amenazada.

Los soldados del ejército mexicano en el Norte á la vista del invasor de su patria sentian inflamado su corazon por el fuego sagrado del patriotismo y con el mas grande entusiasmo pedian á gritos que se les condujera al combate; pero el general García obedeciendo á las ins-

trucciones que se le habian dado, no podia corresponder á los entusiastas deseos de aquellos patriotas veteranos, y limitándose á poner la plaza en estado de defensa, solo pudo mandar al campo enemigo al general Diaz de la Vega para hacer ver al general americano que su avance hasta aquel punto deberia considerarse como una verdadera invasion á mano armada que rechazaria de cuantos modos le fuera posible en cumplimiento de su deber, si no consentia en retirarse hasta el punto que el gobierno de México reconocia como límite de su territorio. Si esta conducta que honrará para siempre al general Mejía se hubiera seguido por todos los que en aquella guerra tuvieron á su cargo los futuros destinos de México, tal vez no tendríamos que lamentar las desgraciadas consecuencias que nos produjo la guerra; pero el espíritu de division que tan profundas raices habia echado entre los mexicanos, tenia preparada una suerte fatal en aquella campaña para esta desdichada patria.

Las conferencias del general Diaz de la Vega no dieron mas resultado que poner á salvo la responsabilidad del gefe de Matamoros y de pronto el buen nombre de su patria; pero insistiendo el general Taylor en su permanencia en los puntos ocupados, apoyados en la comunicacion con sus fuerzas marítimas, dispusieron levantar algunas obras de fortificacion tanto en aquel punto como al frente de la ciudad de Matamoros, no teniendo de por medio con ella sino el Rio Bravo.

Mientras esto pasaba en la frontera, el gobierno de México nombraba al general D. Pedro Ampudia, general en gefe del ejército del Norte, recompensándole así los servicios que habia prestado para el pronunciamiento de S. Luis y luego se puso en marcha para Matamoros á donde llegó el 11 de Abril de 1846, llegando á la plaza el 14 del mismo la fuerza que llevaba en número de

2,200 hombres con 6 piezas de campaña. Este nombramiento que se consideró por todo el ejército muy desacertado, fué combatido desde que se hizo; y á causa de las muchas representaciones que en su contra se hicieron, el gobierno se vió obligado á cambiarlo nombrando para general en jefe al general D. Mariano Arista y dejando de segundo en el mismo ejército al Sr. Ampudia, con cuya variacion, léjos de remediarse el mal, se aumentó de una manera considerable por la discordia que se introdujo en el ejército que iba á resistir el primer choque con el enemigo extranjero.

Con los informes que se dieron al general Ampudia á su llegada á Matamoros, concibió el plan de pasar el rio y batir la fuerza enemiga que se hallaba al frente de la plaza, en cuyo sentido dictó las órdenes necesarias para que ese movimiento tuviera lugar el dia 15; pero la noche del dia 14 recibió por extraordinario la orden en que se le comunicaba entregar el mando del ejército al general Arista y de quedar él como segundo en jefe. El general Ampudia tenia tanta confianza de que la ejecución de su plan daría un resultado de gloria para las armas nacionales, que no podía ver sino con mucha pena el que se perdiera aquella favorable ocasion: y queriendo justificar su conducta con la necesidad de obrar y la probabilidad de un buen éxito, reunió una junta de los gefes del ejército exponiéndoles su proyecto de operaciones y haciéndoles ver la seguridad que tenia de obtener una victoria; pero aunque todos se manifestaron dispuestos á obedecer sus órdenes como segundo en jefe del ejército, le advirtieron la grave falta que envolvía aquel procedimiento y de la cual todos se harían cómplices, con cuyas reflexiones se resolvió el general Ampudia á suspender toda operacion; y por esos dias los enemigos no tuvieron otro amago sino el de los vecinos de las rancherías cerca-

nas que aprovechaban toda ocasion de atacar á los que se separaban algo de la fuerza principal.

El dia 23 del mismo mes de Abril se hallaba el general Arista á tres leguas de distancia de Matamoros; y con parte de la fuerza que hizo que se le uniera, pasó el rio interceptando la comunicacion del general Taylor con las fuerzas que habian quedado en el Fronton de Santa Isabel: y como para llevar adelante todo el plan que se proponia, era necesario disponer de la mayor parte del ejército, al ejecutar este movimiento descubrió el general Taylor cual podia ser el plan del gefe mexicano y con la mayor violencia se movió para reconcentrar las fuerzas del Fronton, dejando solo una parte de sus tropas en el fuerte construido al frente de Matamoros.

El dia 5 de Mayo se le ordenó al general Ampudia que con parte de la fuerza atacara á los americanos que habian quedado en el Fuerte, mientras el general en jefe quedaba con el resto del ejército en el camino de Santa Isabel esperando la vuelta del general Taylor que se verificó el dia 8, trayendo una fuerza como de 3,000 hombres con un gran tren de carros.

Cerciorado el general Arista de la proximidad del enemigo que esperaba, salió á su encuentro avistándose con él en el espacioso llano de Palo-Alto y formada su línea de batalla, «momentos ántes de comenzar el combate, recorrió arengando á uno por uno de los cuerpos: les representó la gloria que alcanzarán con el triunfo; y el agradecimiento que deben esperar de sus conciudadanos. Sus palabras son recibidas con entusiasmo: las banderas flotan al viento: los soldados preparan sus armas; y en medio de las armonías de las músicas militares, elevan á los aires los gritos de *viva la República*, como para llevar ante el trono del Dios justiciero, el clamor de venganza de una nacion ofendida.»

Era la vez primera que las armas nacionales se iban á medir con las del enemigo que por tanto tiempo habia estado acumulando agravios sobre México: el honor nacional y la defensa de una causa justa inspiraban al soldado mexicano el fuego entusiasta que hubiera hecho presagiar un glorioso triunfo que humillara la frente del soberbio enemigo que sin mas título que su poder pretendia la usurpacion de nuestro territorio; pero la discordia entre los gefes principales se extendió como un fatídico velo sobre el horizonte de gloria que apénas entrevió el ejército mexicano. Entre los generales Arista y Ampudia existian antiguas rivalidades que se exacerbaron con la mutacion del mando del ejército: el segundo hacia recaer la mas amarga censura sobre las disposiciones del primero; y esta division entre los dos gefes superiores se propagaba en todo el ejército, con perjuicio de su disciplina.

La batalla de Palo Alto que tenia la celebridad de ser la primera en la guerra contra los Estados-Unidos, comenzó á las dos y media de la tarde del dia 8 de Mayo; y por muchas horas no hubo mas fuego que el de las baterías de los dos campos, pues el general Taylor tenia como principal objeto pasar á unirse con las fuerzas que habia dejado al frente de Matamoros, y para esto, mientras mantenía el fuego con su artillería quiso hacer pasar su ejército por la izquierda del mexicano al abrigo de una densa nube de humo producida por el incendio que mandó ejecutar en todo el campo. Los soldados mexicanos que recibían la muerte en su línea de batalla sin tener el derecho de cambiar su vida por alguna de sus enemigos, pedían impacientes que les condujera sobre las filas enemigas, donde podrian sacrificarse con gloria y provecho para su patria; pero el general en gefe no se decidió á complacer estos deseos sino hasta ya muy tarde, y llegando pronto la noche á poner término en aquella san-

grienta refriega, el ejército mexicano no pudo obtener todas las ventajas que hubieran podido prometerse del fogoso ardimiento con que sus soldados estaban dispuestos para el combate, donde se proponian lavar las injurias hechas á su patria, con su sangre ó la de sus enemigos.

Llegada completamente la noche, el ejército americano se replegó sobre sus carros, y el mexicano sobre una pequeña colina donde habia apoyado su primera posicion; y aquel vasto campo donde en el dia habia resonado el terrible estallido de los cañones quedaba en medio de los dos ejércitos alumbrado por el resplandor siniestro del incendio y sin mas ruido que los ayes y las sentidas quejas de las primeras víctimas de aquella guerra, que habian quedado horriblemente mutiladas por los estragos de la artillería.

El resultado final de los acontecimientos hizo que para México fueran estériles los sacrificios de Palo Alto; pero esa noche se consideraba tan bien puesto el honor de las armas mexicanas, que la mayor parte de los gefes americanos opinaban en una junta de guerra, retroceder al punto del Fronton; pero el general Taylor con tanta tenacidad como atrevimiento insistió en seguir adelante como lo verificaron al dia siguiente. El ejército mexicano por su parte, aunque tenia la conciencia de no haber sufrido una derrota, se hallaba dominado por el temor de un funesto presentimiento; la dilacion que se tuvo en que las tropas cargaran sobre las filas enemigas y la repentina suspension de una carga dada por la caballería al mando del general Torrejon, sin que para elló apareciera á la vista de todos un motivo justificado, hicieron que se diera crédito á las voces que circulaban con anterioridad á la batalla, de que en ella habria una traicion; y dominados los ánimos con esta desconsoladora persuacion, temian la lucha del dia siguiente porque se consideraba

que en ella se derramaria inútilmente alguna sangre mexicana.

Al amanecer el día nueve, el ejército mexicano se retiró del campo por el camino para Matamoros, haciendo alto á las diez de la mañana en el lugar llamado La Resaca de Guerrero donde el general en jefe determinó esperar al enemigo. Este se presentó en aquel punto á las cuatro y media de la tarde; pero por un error del general Arista, el primer ataque fué calificado de una simple escaramuza, no tomando personalmente las determinaciones que hubieran convenido, y retirándose á su tienda lleno de confianza, dijo al general D. Rómulo Díaz de la Vega, que á él reservaba el honor de mandar la acción de ese día.

Esta impasibilidad del general en jefe no solo contribuyó á que el enemigo avanzara sin la resistencia que debió hallar por falta de las órdenes oportunas, sino que tambien contribuyó á aumentar el desaliento en su ejército, y muchos cuerpos dando crédito á las especies que circulaban desde antes haciendo temer una traicion, se retiraban del campo sin combatir ó rompian sus armas llenos de indignacion, considerando estériles sus esfuerzos sin el apoyo unánime de todos. Pero apesar de esto, la fuerza que combatió ese día dejó un ejemplo de valor y de honra y un testimonio de que el soldado mexicano es digno de recomendacion y de elogio siempre que tenga gefes capaces de dirigirlo en la batalla.

El primer ataque de los americanos fué resistido de una manera muy honrosa por el 4º batallon de línea á las órdenes del coronel Calatayud: por dos compañías de cazadores mandados por los capitanes D. José Barragan y D. José María Moreno; y por el 2º ligero que mandaba el teniente coronel D. Mariano Fernandez. Esta

parte de la fuerza resistió el primer empuje del enemigo con un valor heróico; pero cuando casi todos sus gefes habian sido muertos, ó heridos, ó prisioneros, y siendo arrollada por la superioridad numérica de sus contrarios, tuvo que retirarse en desorden, desconcertando con esto á los demás cuerpos: y esto dió ocasion á las fuerzas americanas de llegar hasta las baterías mexicanas, quedando en su poder las piezas y con ellas el general Diaz de la Vega á quien se habia confiado el mando de la accion. Entónces se mandó alguna fuerza mas para sostener la batalla al mando del general Ampudia que se portó muy dignamente aunque sin fruto, porque el avance del enemigo no permitia ya contenerlo y la desmoralizacion casi era general en todo el ejército mexicano. Entónces el general Arista se convenció muy tarde por desgracia de que el general Taylor daba un combate formal, y lleno de dolor por el engaño que habia sufrido se puso á la cabeza de la caballería dando una carga intrépida como un último esfuerzo. Todo era en vano, la accion se habia perdido. La gloria de la nacion que habia podido salvarse en el sangriento combate de Palo Alto quedó ofuscado en La Resaca; pero el general Arista desafiando el peligro con un valor poco comun y buscando la muerte en la carga que dió sobre los enemigos ya vencedores, pudo probar á lo ménos, que si en efecto la traicion existia en alguna parte de su ejército, no llegaba su negra mano hasta la frente del general en jefe. Y cuando el desorden era tan espantoso que ya no dejaba esperanza alguna ni de triunfo ni de salvar siquiera el ejército y sus pertrechos de guerra, se retiraron los últimos restos de las fuerzas mexicanas mereciendo en ese acto una mencion muy honorífica los coroneles Orihuela y Urriza, que con sus batallones de Puebla y de Morelia favorecieron la retirada hasta última hora en que todos los dispersos pasaron el Rio Bravo pa-

ra llegar esa noche como llegaron todos á la plaza de Matamoros.

La consternacion en la ciudad por el desastre de ese dia fué general, pues ya se consideró inevitable la pérdida de la plaza y todos lamentaban las funestas consecuencias de que el pabellon americano ondeara victorioso en una ciudad de la República mexicana:

El dia 10 se acabó de reconcentrar el ejército en Matamoros, que por los muertos y prisioneros tuvo una baja de una quinta parte; y el general Arista hizo lo que pudo para restablecer la moral y la disciplina. Sin embargo de esto, no considerándose con los elementos necesarios para defender la plaza celebró una junta de los gefes principales en la cual se acordó el abandono de la ciudad; y el dia 17 de Mayo se dictaron las órdenes necesarias para que al siguiente efectuara su salida el ejército como en efecto sucedió.

El grave peligro que amenazaba al país, teniendo á sus puertas al enemigo extranjero, no era todavía bastante para hacer que todos los ánimos se reconcentraran en el solo objeto de evitar el peligro comun y salvar los intereses materiales de la patria y el honor nacional que se hallaban amenazados de muerte; y el 20 de Mayo, de ese mismo mes que tan funesto habia sido para la República por los desastres de Palo Alto y la Resaca y el abandono de Matamoros, y estando aun humeante la sangre de las víctimas sacrificadas por el enemigo de México, el resto del ejército léjos de ocuparse de vengar los ultrajes hechos á la patria y los sacrificios de sus hermanos muertos en el campo de batalla, se ocupaban por el contrario en promover las discordias intestinas, que si en todo tiempo han sido un escándalo, en aquellos dias tenían un carácter de criminal vergüenza para sus autores. El citado dia 20 de Mayo se pronunció en Guadalajara

el entonces coronel D. Mariano Yañez con toda la guarnicion de que él era comandante, desconociendo el gobierno del general Paredes y la convocatoria expedida en 27 de Enero para la reunion del Congreso.

Como los autores del pronunciamiento no tenían entonces grande importancia personal, ni pudieron de pronto generalizarlo bastante y ni el gobierno tal vez pudo atender á combatirlo oportuna y radicalmente; quedó pues dividida la nacion, mientras sus constantes enemigos avanzaban por el Norte para usurparle una gran parte de su territorio.

El gobierno de México impresionado con los reveses que sus tropas habian sufrido en las orillas del Rio Bravo, relevó del mando del ejército al general Arista, que interina y provisionalmente recayó en el general D. Francisco Mejía, cuando el 3 de Junio se recibió la orden de la destitucion, estando el ejército en Linares despues del abandono de la plaza de Matamoros. Este ejército tan reducido en número desde su principio, diezmado despues por las balas enemigas y tan maltratado últimamente por su penosa retirada sin los elementos necesarios para su marcha, se dirigió sin embargo á Monterey para fortificar y defender aquella plaza en espera de que el gobierno atendiera á sus sacrificios mandándole los refuerzos necesarios para hacer útil y gloriosa su resistencia á la invasion extranjera.

El general Paredes no obstante su grave falta por el pronunciamiento de S. Luis, se hallaba animado de los mejores deseos para salvar el honor de la nacion en la lucha que estaba sosteniendo, y queriendo dirigir personalmente las operaciones de la campaña, entregó el mando de la República al general Bravo y salió de México el 29 de Julio para ponerse al frente de las tropas que destinaba para la campaña del Norte: pero no pudo lle-

gar á su destino porque el día 4 de Agosto el comandante general de México D. Mariano Salas se pronunció en la Ciudadela secundando el plan de Jalisco, con lo cual tuvo fin el gobierno del general Paredes, quien fué preso en su camino y vuelto á la capital de la República de donde se le hizo salir desterrado fuera del país el día 2 de Octubre del mismo año.

Tanto el plan proclamado en Guadalajara como el de la Ciudadela reconocían al general Santa Anna como jefe de las fuerzas pronunciadas: y aunque el movimiento era eminentemente demagógico y ponía en juego á los hombres de 1833 de quienes Santa Anna se había divorciado ya desde que trató de centralizar el poder, por una de esas inconsecuencias que no son raras en los acontecimientos humanos, y muy comunes en el carácter del general Santa Anna, este señor aceptó esa nueva liga, y á mediados del mismo mes de Agosto volvió de la Habana acompañado de los generales Almonte y Basadre. Al avistar al puerto de Veracruz se encontró con la escuadra de los Estados-Unidos que bloqueaba aquel puerto; pero reconocido el Vapor en que iba Santa Anna por el comodoro americano David Conner, éste lo dejó pasar libremente en virtud de orden expresa de su gobierno concebida en estos términos. «Departamento de marina de los Estados-Unidos: Mayo 13 de 1846—Comodoro: si Santa Anna procurase entrar en los puertos mexicanos, le permitirá vd. pasar libremente.—De vd. respetuosamente Jorje Bancroft.»

Como al dictarse esta orden en Estados-Unidos aun no se tenía noticia del pronunciamiento de la Ciudadela ni del de Guadalajara, y la circunstancia de que en los dos se proclamó á Santa Anna como jefe de las fuerzas pronunciadas, y la de que inmediatamente que tuvo lugar la caída del general Paredes se presentara Santa Anna

en Veracruz hallando el paso libre por entre la escuadra americana que bloqueaba el puerto, hace presumir que tales pronunciamientos fueron hechos con su acuerdo, y aun se le calificó en aquel tiempo muy desfavorablemente por suponerlo en connivencia con el gobierno de los Estados-Unidos para la realización de sus miras en contra de los intereses de México: y aun se fortificó esta presunción con lo que Mr. Jay, ciudadano americano publicó en una revista, diciendo del general Santa Anna. «Es bien sabido, que el distinguido desterrado, tenía ofensas de que estar resentido, y sin duda alguna se dió por concedido, ó tal vez se estipuló expresamente que siendo deudor á Mr. Polk de la ocasion de vengarse, fomentaría una insurrección, encendería la guerra civil, recobraría su antiguo poder y lo ejercería haciendo la paz con los Estados-Unidos, con la cesion de California.»

Con tan desfavorables antecedentes hizo su entrada á México el general Santa Anna; y para que lo grave de la situación hiciera contraste con la frivolidad con que se le juzgaba, se caracterizó la entrada con una circunstancia verdaderamente ridícula, pues ella se hizo yendo en un carro triunfal el general Santa Anna y D. Valentin Gómez Farías abrazados del cuadro de la constitucion federal. Esa escena cómica no disgustaba á los espíritus superficiales y turbulento, porque allí se veían representadas la inconstancia y versatilidad del carácter en el general Santa Anna y el frenético furor demagógico en el Sr. Gómez Farías; pero los hombres que con mas aplomo y sensatez juzgaban de los acontecimientos, preveían en aquella comedia el triste resultado que desgraciadamente vinieron á confirmar los hechos.

El gobierno provisional creado en virtud del plan de la Ciudadela, expidió la convocatoria para la reunion del congreso que se instaló el día 6 de Diciembre de ese año,

formado de los hombres mas rojos; y mientras en la capital de la República se tenia fija la vista en el mezquino triunfo de un partido político, se dejaba sacrificar impunemente el honor nacional y los grandes intereses de la patria en los triunfos que los enemigos extranjeros obtenian en el Norte, por falta de los oportunos y eficaces auxilios al pequeño ejército que se le oponia á su paso.

Nombrado el general Ampudia gefe del ejército que debia oponerse á la marcha de los americanos por el Norte, salió de S. Luis para Monterey con algunos refuerzos que hicieron ascender el ejército á 5,000 hombres. Ellos tal vez habrian bastado para dar una leccion severa al enemigo que habia tenido el atrevimiento de pisar el territorio nacional; pero entre el general Ampudia y otros gefes del ejército habia antiguas prevenciones que crecieron con los acontecimientos de Palo Alto y la Resaca, y esta falta de union desarrollada de un modo funesto, vino á esterilizar los poquísimos elementos con que la nacion contaba allí para su defensa.

Como faltaba el acuerdo entre los gefes principales, unos hacian recaer las críticas mas amargas sobre las disposiciones del general en gefe, y otros obraban con vacilacion por no saber que partido tomar entre la division de los ánimos. Esto traia dos males de demasiada gravedad en tan críticas circunstancias, pues se dejaba correr el tiempo inútilmente y no se tomaba un plan decisivo en las operaciones, cambiando de resolucion á cada paso hasta que el enemigo se presentó á la vista de Monterey hallando á sus defensores sin los preparativos necesarios para la resistencia y en la confusion que es necesario estar cuando no se tiene trazada con la regularidad debida una línea fija de conducta.

La noche del 15 de Setiembre la ciudad dejaba por un momento el aspecto severo y sombrío de un campo de

guerra, y animada con los acentos de la música que recordaban la hora solemne en que el anciano cura de Dolores lanzó el grito de insurreccion, todos obedecieron á un sentimiento de entusiasmo por la gloria de la patria; y olvidando todo motivo de desavenencia, solo pensaban en el combate que esperaban con ansia para reivindicar el honor nacional; y todos se sentian animados de ofrecerse en expiacion por los crímenes de México, para que el holocausto de su sangre evitara que el pabellon americano profanara la tierra de los Moctezumas.

En esa situacion imponente de la proximidad de un combate se pasó hasta el dia 21 de Setiembre, viéndose repetidas escenas de ternura y de generosa abnegacion al mismo tiempo que de un dolor desgarrador por el terror que el sordo presentimiento de una lucha sangrienta extendia entre las familias de las que muchas se preparaban á abandonar sus hogares.

En ese dia una columna americana mandada por el general Warth se puso en movimiento para interceptar la comunicacion de la plaza con el Saltillo, y fué la primera con que se batió la caballería mexicana, en cuyo encuentro quedó muerto el comandante D. Juan Nájera; y el comandante D. Mariano Moret dió una prueba de valor heróico, que fué una aureola de gloria para él y un digno modelo para sus compañeros que defendian la ciudad.

Apoderados los americanos de la comunicacion con el Saltillo, emprendieron su ataque por las lomas del obispado donde se apoderaron de dos piezas y un fortin; y habiendo tomado tambien el reducto de la tenería, sus defensores retirados al punto llamado Rincon del Diablo, resistieron valerosamente el ataque: allí se prolongó una lucha ensangrentada, y cuando se agotaron las municiones y pedian parque los soldados, el general Mejía contestó: que no se necesitaba mientras hubiera bayonetas.